# IN MEMORIAM

## *Dr. Vicente Peset Llorca (1914-1981)*

Conocí a don Vicente —así le llamábamos nosotros— en 1961 por mediación de José M.ª López Piñero que organizaba, en el recién creado Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia de Valencia, reuniones en torno a problemas historicomédicos e historicocientíficos. Las reuniones se celebraban en unas habitaciones del sótano de la Facultad de Medicina, lugar que ocupó durante casi diez años la cátedra de Historia de la Medicina de Valencia. «El sótano» significó para todos los que por allí pasamos, el ejemplo de riguroso trabajo científico, exigencia ilusionada, generosidad intelectual, convivencia estimulante, discusión apasionada, aprendizaje y apertura. Arriba estaban las clínicas y la administración. La febril y contagiosa actividad de López Piñero trajo allí, entre otros a don José M.ª Millás Vallicrosa, a don Pedro Laín Entralgo, y también a don Vicente Peset. Era don Vicente hombre respetado y que infundía respeto. Austero de gesto y de palabra. De mirada penetrante e inquisidora. De extremada finura intelectual, profunda y amplia cultura, y tenía un modo de decir las cosas que te asociaba a su discurso, plagado de alusiones a clásicos médicos y no médicos. Ello producía, al menos en mí, un sentimiento de profunda ignorancia, pero también el deseo incontenido de leer a esos clásicos médicos y científicos. Creo que don Vicente no fue ajeno a lo que «el sótano» era para nosotros.

Mi tesis doctoral primero y, más tarde, los trabajos a que me obligó la secretaría del III Congreso de Historia de la Medicina en Valencia (1969), hizo que prodigara mis visitas al domicilio de don Vicente. Allí viví sus profundos conocimientos frutos de la lectura y la reflexión, allí me enriquecí con sus consejos y aprendí lo que era la generosidad intelectual del sabio. No había relación entre sus conocimientos y sugerencias, apoyadas en textos siempre a mano en su rica biblioteca de clásicos médicos, y sus publicaciones, aparentemente escasas. De él —entre otros— aprendí el definitivo valor formativo de la lectura, del estudio, de la reflexión en solitario, base del trabajo intelectual. Desde 1971 en que salí de Valencia, apenas si le visité un par de veces, aunque él, con exquisita delicadeza, me envió su impecable edición de la correspondencia de Gregorio Mayáns con los médicos (1972) y su monumental obra *Gregori Mayans i la cultura de la il.lustració* (1975). En octubre de 1980, estando en México con su primo Mariano Peset, supe de su delicado estado de salud. Y en Granada no me enteré de su muerte —el pasado 24 de mayo— hasta bien entrado el mes de junio.

No cabe duda de que don Vicente fue una víctima de quienes ganaron la guerra civil y asesinaron en 1941 a su padre —don Juan—, maestro de la moderna medicina legal española, estimulador de la psiquiatría contemporánea y rector de la Universidad de Valencia. Pocos hijos han mostrado por su padre la devoción de don Vicente por el suyo. En el homenaje que se le hizo en 1976 en Valencia con motivo del Congreso de Cultura Catalana, dijo: «Si, d'aquest acte, jo n'hagués esperat només l'encomi de la meua modestissima labor, per mí no s'hauria celebrat. Però suposava que amb el meu nom eixiría a llum inevitablement el del meu pare. I així ha estat. Això sí que ho agraesc de tot cor. Son molts els anys que he estat esperant que la Universitat i el poble, pel quals ell féu tant i als quals donà tant, el recordassen públicament». O quizá la víctima fuera —además— nuestra Universidad, que no supo incorporarle —como a tantos otros— al mundo académico. Pero él cultivó las auténticas virtudes de la academia, las supo transmitir y realizó una importante obra científica original en el campo de la historia de la medicina española. Capítulos como la renovación científica en la España preilustrada y la historia de la psiquiatría española, el gran capítulo de la Medicina y la Ciencia del siglo XVIII, las figuras claves de Gregorio Mayáns y Andrés Piquer, no pueden estudiarse sin recurrir a sus artículos y libros. De él se puede decir que cumplió lo que Mayáns aconsejaba a Capdevila en 1762: «observe bien aquella prudencia que pervive en los libros i sólo se consigue con el trato de los hombres; aquél no descubrir su ánimo hasta que está bien explorado el ageno; la madurez de juicio, la circunspección, la humanidad; la curiosidad solamente aplicada a lo que importa; el estudio con meditación; i la dotrina graciosamente comunicable. Sobre todo, una especie de silencio no afectado, sino natural y habitual».

LUIS GARCÍA BALLESTER